

Ecuador, elecciones y futuro

Un correazo por el cambio

Por RENÉ VILLABOY ZALDÍVAR

La reciente victoria de Rafael Correa en los últimos comicios presidenciales del Ecuador fue una muestra inequívoca de que un cambio socio-político está teniendo lugar en esa nación sudamericana. También es el resultado de un evidente desgaste del modelo político económico que desde la década de los noventa mostró sus primeras grietas. Según el Consejo Nacional Electoral¹ ecuatoriano en la jornada electoral del domingo 26 de abril Correa obtuvo el 51,9 por ciento del total de los sufragios, lo que representó 3 millones 583 mil 6 votos. Esta cifra le evitó al actual mandatario comparecer a una segunda ronda al alcanzar más del 40 por ciento establecido por la Constitución, y de paso le aseguró extender su mandato con derecho a la reelección. Su más cercano rival, el ex presidente Lucio Gutiérrez, líder del Partido Sociedad Patriótica, alcanzó el 28,4 por ciento, lo que es igual a un millón 984 mil 104 votos. En tercer lugar se ubicó el millonario bananero Álvaro Noboa, por el Partido Renovación Institucional Acción Nacional (PRIAN), quien logró el 11,44 por ciento, lo que representó la suma de 788 mil 943 votantes. Al conocer la victoria, Correa habló de una consolidación de su proyecto de gobierno, conocido como Revolución Ciudadana, e incluso advirtió sobre la profundización del mismo en consonancia con el avance del denominado socialismo del siglo XXI.

Sin embargo, si bien es significativo el triunfo del joven y carismático economista, son muchos los retos que tiene ante sí el presidente de la patria de Manuela Sáez. Sobre el impacto que en la historia política de la nación ha tenido esta nueva victoria de Correa y los desafíos futuros que enfrenta el líder de Alianza País ofrezco algunas consideraciones en las líneas que siguen.

Los últimos 30 años han sido bien difíciles para el sistema político ecuatoriano y la sociedad en su conjunto. De ellos, los 13 más recientes han estado marcados por la desinstitucionalización



estatal y la distorsión de la vida política, producto de una profunda crisis que aceleró la deformación económica de la nación. La ebullición de diversos grupos sociales actuó directamente sobre la gestión de varios mandatarios. Primero Abdalá Bucaram, líder del Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE), fue declarado por el Congreso en 1997 incapaz mentalmente para seguir en el cargo. Luego Jamil Mahuad, cabeza de la Democracia Popular, fue obligado a dejar la primera magistratura por la presión de las movilizaciones de los

sectores indígenas, apoyados por un grupo de oficiales de las fuerzas armadas, en enero de 2000. Finalmente Lucio Gutiérrez, ex coronel que participó en el derrocamiento de Mahuad, tras abandonar la alianza con los indígenas y las fuerzas de izquierda fue presionado por estos mismos grupos a dejar el Palacio de Carondelet (sede del ejecutivo) en el 2005. Sumado a ello debe apuntarse que igualmente inestables fueron los gobiernos interinos de Rosalía Arteaga, virtual presidenta por solo tres días, Fabián Alarcón, Gustavo

Noboa y en menor medida el de Alfredo Palacios. Estos presidentes debieron asumir y saldar la cuenta económica y social dejada por los mandatarios depuestos, lo cual estuvo unido, claro está, a la profundización de la crisis que había originado la adopción irracional de fórmulas neoliberales. El panorama político era evidente resultado de una sociedad en conflicto.

Todo ello pudiera parecer que en los últimos tiempos gobernar Ecuador se hizo un arte bien difícil de llevar a la práctica. Pero lo cierto es que la ingobernabilidad tuvo como base la falta de credibilidad y la deslegitimación de los proyectos políticos de los partidos tradicionales, tanto de derecha como de izquierda.

Haciendo un breve análisis de la composición de la llamada derecha política podría apuntarse que ciertamente las destituciones de mandatarios, los escándalos de corrupción y la decadencia de las principales figuras han sido duros golpes para sus posibilidades de convencer al electorado. El tradicional Partido Social Cristiano, el Roldosista y el Demócrata Cristiano, agrupaciones con fuerza en el pasado, quedaron sin un discurso, sin liderazgo, y ciertamente sin propuestas de solución a las necesidades de la mayoría de los ecuatorianos. El PRIAN de Álvaro Noboa, si bien todavía cuenta con algunos seguidores, más por el poder económico de su líder que por su programa, al parecer seguirá siendo candidatura, pero no gobierno.

El Partido Sociedad Patriótica de Lucio Gutiérrez está actuando ahora como fuerza principal de la oposición, lo que no quiere decir que recibe el apoyo del resto de los partidos, en primer lugar por la propia figura de Gutiérrez, el más reciente expulsado de la presidencia y enrolado además en otros escándalos, y en segundo lugar por su indefinición político-ideológica.

La izquierda tradicional, por su parte, debilitada tras la caída del socialismo europeo, ha sido escenario de divisiones y contraposiciones doctrinales que han lastrado sus proyectos de transformación, lo que explica que para ella hoy apoyar a Correa es una forma de supervivir en el espacio político.

Es en este escenario donde surgió la figura de Rafael Correa, ministro de economía del gobierno de Alfredo Palacios, que finalmente sale del gabinete de este por diferencias con su políti-

Espacio Laical 3/2009

ca hacia el FMI y el problema de la deuda. Al frente del Movimiento País, apócope de Patria Activa y Soberana, Correa se presenta a las elecciones de 2006 y aunque no logra la victoria en la primera vuelta, obtiene en la segunda ronda el 56,67 por ciento de los votos válidos. Este era un resultado de impactante trascendencia para un político poco probado y un movimiento en ciernes, aunque para lograrlo Correa debió ganar el apoyo de otros grupos como el Partido Socialista Frente Amplio, el movimiento Alternativa Democrática, el movimiento Nuevo País, el Movimiento Poder Ciudadano y el movimiento indígena Pachakutik.

De este modo se inició el fenómeno Correa y su Revolución ciudadana, proyecto que promete revertir los efectos sociales y económicos de las políticas neoliberales a partir de posiciones nacionalistas frente a los organismos financieros internacionales y las empresas transnacionales que operan en el territorio, así como destruir el modelo político agonizante desplazando a la Partidocracia, término usado por el mandatario, al potenciar el llamado poder ciudadano.

A sólo dos años de gobierno de AP se convocó a una Asamblea Constituyente, de la cual salió un texto que al menos literalmente recoge las aspiraciones de amplios sectores sociales, aunque algunos elementos del mismo pueden ser muy discutidos. A partir de entonces estrecharon los vínculos políticos y comerciales con naciones como Venezuela, Brasil y Bolivia y, aunque mucho más moderados, con Cuba y Nicaragua. Al mismo tiempo se han deteriorado las relaciones con la Casa Blanca al adoptar Correa un discurso más enérgico frente a la interferencia de Washington en los asuntos internos ecuatorianos. Esto solo nos da a grandes rasgos una explicación de por qué la aceptación del plan de Alianza País y de su liderazgo, aunque merecería la pena en futuros espacios reflexionar en torno a su política social, elemento clave en este proceso.

Pero la prominencia del Movimiento Alianza País (AP) y de su líder, así como las posibilidades de consolidar un cambio, están condicionadas por muchos factores, los cuales constituyen retos para la gestión del mandatario. En primer lugar, la consolidación interna de AP, pues si bien su orientación general puede calificarse hacia la iz-

quierda, en su seno agrupa un complejo entramado de grupos político-ideológicos, que van desde ultra-izquierdistas, que desean participar en política se han montado en el carro de la revolución ciudadana, hasta individuos de posiciones de centro. Incluso hay otros sectores que entienden que esta diversidad de alineaciones es la garantía para la moderación del proceso. A ello se suma la dependencia real a la figura de Correa, dada la falta de líderes con ascendencia local y nacional en muchas de las organizaciones que apoyan al actual gobierno. Este fenómeno no es exclusivo de Ecuador; otros países del área han centrado más sus proyectos en figuras que en organizaciones. Lo que puede tener efectos políticamente negativos.

En cuanto a la política económica, el gobierno deberá definir si desmonta totalmente el modelo neoliberal y aplica las teorías del llamado socialismo del siglo XXI o si acude a métodos más radicales. Otro reto sin dudas importante es el sustento de un diálogo con la oposición y con otros sectores que pueden quedar fuera del proyecto de cambios, incluida la Iglesia Católica. Por último, el escenario político y económico del mundo del 2009 ha variado diametralmente. La crisis financiera global, con implicaciones directas para la economía local, el cambio de presidente en la Casa Blanca, e incluso la dinámica interna de procesos afines en la región precisarán de Correa sólo pasos firmes en un terreno bien escabroso.

Al parecer no pocas son las espinas que acompañan los lauros de este mandatario sudamericano ¿Podrá vencer los desafíos presentes y futuros de su gestión de gobierno? A esta pregunta no puede dársele por lo pronto respuesta. El futuro dirá la última palabra. Por el momento a toda luz su triunfo en las urnas ha sido un indiscutible correa por el cambio.



¹ -Datos tomados de versión digital de *Los Andes | Nacional* -07 mayo 2009.